



**Iglesia Cristiana Gracia y Amor**

*Sola Escritura, Sola Fe, Sola Gracia, Solo Cristo, Solo a Dios la Gloria*

[www.iglesiacristianagraciayamor.org](http://www.iglesiacristianagraciayamor.org)

---

## TEN CUIDADO DE (NO) REPRENDER

*Por Arlington Vaca, capilla La Alborada, 28 de octubre de 2018, Lucas 17:3-4*

**E**L MENSAJE DEL PASAJE ES FÁCIL de entender, pero no así de aceptar y menos aun de practicar. Cristo lo da justo después de hablar de los tropiezos, y significa que cualquiera de nosotros puede ser tropiezo de otros. Esto se hace claro cuando Cristo nos dice "Mirad por vosotros".

Para evitar ser tropiezo, la primera advertencia es reprender al hermano cuando este peca. La reprensión es una herramienta poderosa que Dios da a la iglesia, en la cual le da el privilegio de reestablecer la comunión del hermano. Tiene como objetivo buscar arrepentimiento, en amor.

Cuando se reprende hay que evaluar la falta, nuestras intenciones, la competencia que tengamos, hay que orar y usar solo la Palabra de Dios. Cuando somos reprendidos debemos estimar al que reprende como superior, no huir, amar al que exhorta, evaluar lo que dice, y otra vez, orar.



## LUCAS 17:3

En el sermón pasado hablé sobre las palabras de Cristo a sus discípulos en las cuáles les advierte de la imposibilidad de que no vengan los tropiezos. Dije que un tropiezo es un pecado que incita a pecar. Vimos que los tropiezos vienen por la voluntad de Dios, sin embargo, eso no anula la responsabilidad del que los comete y que esto no hace a Dios autor directo del pecado. Vimos además que Dios se glorifica en los tropiezos, aún en la condenación de quienes los hacen, y vimos la gravedad de hacer tropezar a un pequeño, porque más te vale estar muerto que ser causa de tropiezo de un pequeño, impidiéndole entrar o andar en el reino de Dios por menospreciarle y pecar contra él.

### **¡Ten cuidado de no reprender! (17:3)**

**V.3** Justo después de hablar de los tropiezos Cristo dice: “Mirad por vosotros mismos”.

Recordemos una vez más que Cristo en los capítulos 15 y 16 tenía un público diferente, y eran los publicanos y pecadores, pero que también le oían los escribas y fariseos. Pero esta exhortación que vemos en el capítulo 17 se lo dice a sus propios discípulos. Cuán fácil es para nosotros ver la paja ajena y no ver nuestra propia viga. Los discípulos al oír de los tropiezos pudieron haber pensado: Bueno, que terrible es ser como un fariseo o un escriba, quienes menospreciaban a los pequeños, a los pobres, a las viudas. Quizás podían estar pensando que los tropiezos eran tan sólo una prevención de lo que les vendría a ellos, de lo cual era imposible escapar. Sin embargo, Cristo muestra su gran amor hacia ellos dirigiéndoles estas palabras: “Mirad por vosotros mismos”. En otras palabras: “Les estoy hablando ustedes”; “cuídense de ser un tropiezo”. Lo más terrible de estas declaraciones que está dando Jesucristo no es que sea imposible que no vengan los tropiezos; sino que tú puedes llegar a ser uno. No se trata de los demás, sino que se trata de sus propias vidas. Somos tan propensos a creer que cuando la Biblia habla de cosas malas, se refiere de otros, pero somos tardos en reconocer que nosotros mismos somos el problema, y la razón de esto es nuestro orgullo. El corazón humilde, es el primero en sentirse pecador, pero el corazón orgulloso es el que no es capaz de reconocer sus propios pecados. Estas palabras de Cristo, también reflejan no sólo el amor sino la valentía y franqueza del Señor Jesucristo; y nos recuerda la escena en Juan 6 en la que Cristo luego de haber alimentado a las multitudes en el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, se retira a otra zona y la gente va a buscarle, pero la gente le buscaba no porque había visto las señales y había creído, sino porque había comido pan y se habían saciado. Cristo les habla palabras muy profundas acerca de que Él es el verdadero pan de vida, pero la gente sigue sin entender. Entonces Cristo les dice (53) que, si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes. Ante esto, sus discípulos le dicen (60) que estas palabras son duras de oír. Cristo les responde en 61 y 62. Entonces se describe uno de los pasajes más tristes de toda la Biblia en el que dice (66): “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con Él”. Se habían decepcionado y desilusionado. Pero algunos, y tristemente

muchos cristianos contemporáneos dirían: Cristo: ¿Cómo se te ocurre decirles eso? ¿No ves que la gente se va a ir? ¡Qué imprudente eres! ¿Con qué derecho lo haces? Pero Cristo, si bien no lo dice, bien pudiera decir: ¡Yo tengo TODO el derecho! Yo no voy a cambiar lo que dije... Y Cristo, cuando ve que muchos se alejan de él, les dice a los doce (67): “¿Queréis acaso irnos también vosotros?” Cristo no era pragmático. Cristo no hacía las cosas para tratar de agradar a la gente; sino que únicamente buscaba agradar a su Padre. No vemos a Cristo tratando de cambiar su mensaje, modificándolo para que no sea duro ni ofensivo, ni para que sea “políticamente correcto”. No vemos a Cristo tratando de atajar a sus discípulos para que no se vayan. No estoy diciendo que Cristo quería hacerse odioso voluntariamente; sino que la verdad cuando es proclamada fiel y firmemente, ataca directamente nuestras conciencias, y produce en nosotros ofensa e incomodidad, no porque la verdad sea mala, y por eso es que muchos quieren cambiarla; sino porque nuestro corazón es orgulloso. Cuando Cristo pregunta “¿Queréis acaso irnos también vosotros?” no le dice estas palabras a sus extraños o sus enemigos. ¡Se las dice al grupo más íntimo! Se las dice a quienes se supone que iban a ser las piedras donde Él iba a edificar su iglesia. ¿Ven la valentía de Cristo? Cristo no tenía temor del hombre. Cristo no confiaba en lo que confía el hombre. La prudencia de Cristo no es la prudencia del hombre. Cualquier hombre, que quiere persuadir a la gente, generalmente trata de adularla, de hablarle bien, de no hacerla sentir mal, de no hacerle notar sus pecados, sus defectos, sino de darle palabras “positivas” “edificantes”. Pero Cristo no hacía caso de eso. Cristo confiaba en su Padre totalmente, sabiendo que aún si le dijera estas palabras a sus doce, ellos no se irían, porque Dios fue el que se los entregó a Él, y por lo tanto el Señor haría lo que se había propuesto hacer con ellos. Es por eso que se requiere valentía y mucho amor para sostener la verdad, así las circunstancias parezcan desfavorables; porque se requiere ver al invisible y tener total certeza de las promesas de Dios para no desfallecer cuando vengan los tropiezos. Cuando Cristo entonces les dice “Mirad por vosotros mismos” Cristo no está haciendo acepción de personas, como si los deberes con Dios sean solamente para otros, y que ellos por ser los más cercanos no tuvieran responsabilidad. Cristo les habla sabiendo que ellos mismos están en debilidad, y que, si no se cuidan, pueden claramente convertirse en un tropiezo, como de hecho le sucedió a Judas, quien también estaba escuchando. Nosotros a menudo no somos capaces de hacer lo que Cristo hizo, por nuestra hipocresía, pero Dios nos exhorta a ser personas sin doblez. ¿No es verdad que nos es fácil hablar la verdad a una persona que no estimamos y que no nos estima; pero es muy difícil decir lo mismo con alguien que estimamos y que nos estima? En otras palabras, nos cuesta mucho exhortar a alguien que es cercano y la razón nuevamente es nuestro propio orgullo. Nosotros sabemos que cuando hablamos la verdad, cuando exhortamos y reprendemos; la respuesta natural es que el otro se ofenda. Pero cuando estimamos a alguien, no queremos que el otro se ofenda ¿Por qué? Porque nos gusta sentirnos estimados. No queremos ocasionar rupturas, problemas, distanciamientos, porque normalmente nos amamos tanto, que cuando nos hacen falta las personas comenzamos a sufrir. Y sufrimos porque reemplazamos el amor de Dios por cualquier otra cosa o persona, menospreciando el amor de Dios que ha derramado en nuestros corazones. Somos tan propensos a buscar no ofender a las personas, que nos olvidamos de no ofender a Dios. Sin embargo, Cristo no era así. Cristo tenía el poder de decir las cosas con franqueza porque pasaba más tiempo con Dios que con los hombres, por eso podía hacer las cosas que agradan a su Padre, y ahí está la clave para

conseguir el poder de hablar limpiamente la verdad al hermano, y es cultivar una relación profunda con Dios, mucho más que con los hombres. Pero, tampoco se trata de volvernos odiosos con las personas, con un aire de superioridad, simplemente por demostrar que tenemos la verdad, o por creer que somos más santos que otros. Se trata de tener el suficiente amor y valentía para hablar la verdad cuando tenemos que hablarla, sobre todo a nuestros más cercanos; aún a expensas de nosotros mismos, de ser rechazados, de ser aborrecidos, porque así vivió Cristo. Es el mismo sentir de Pablo cuando dijo en Gálatas 1:10: “Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.” Y en 4:16: “¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad?” Entre mayor cercanía tenemos a una persona, mayor responsabilidad tenemos con ella, cuando vemos que anda en pecado, y no anda conforme a la verdad, y no la reprendemos; y como veremos, ese es un punto importante en el versículo 3. Es nuestra hipocresía, nuestra mojigatería, y no nuestro amor, el que nos impide hablar la verdad, porque si en verdad amamos a Dios y al prójimo, entonces vamos a querer evitarle un mayor sufrimiento, y es que ¡el mayor sufrimiento no es la ruptura de una relación, sino el sufrimiento que es producto de nuestro pecado! Como decía John Huss: “Prefiero herirlos con la verdad, que matarlos con la mentira”. Si en verdad estimamos a Dios, entonces limpiémonos de toda hipocresía, y amemos En la verdad, porque el amor a expensas de la verdad es puro sentimentalismo.

Algunos podrían objetar, que Cristo tenía toda la autoridad moral para hacer esas reprensiones, porque Él no tenía pecado; pero nosotros somos pecadores, y no sería correcto “quitar la paja ajena cuando tenemos una viga en nuestros ojos”; por lo tanto, no deberíamos nunca “juzgar” ni “reprender a nadie”, porque nuestra condición pecaminosa nos lo impide. Observe, cómo somos tan astutos para usar incluso la Palabra de Dios como excusa para no obedecer la Palabra de Dios. Si eso fuera cierto, entonces tendríamos que negar lo que justamente dice después de estas palabras, que es: “Si tu hermano peca, repréndele”. Responderé ampliamente esta objeción más adelante; basta con saber que tenemos que tener cuidado cómo leemos la Biblia, para no estar negando ciertos mandamientos, cuando malinterpretamos otros. Entonces, Cristo advierte a sus propios discípulos de tener cuidado de no ser tropiezo. Esto nos da ejemplo para tener cuidado primero de nosotros mismos, pero también de nuestros cercanos. Si eres padre o madre, no alcahuetees el pecado de tus hijos, exhortales con amor. Si tienes liderazgo en la Iglesia, no temas en hablar la verdad con los más cercanos y con todos. Si eres jefe o empleado de alguien, no vendas la verdad por temor al hombre, teme a Dios, sé valiente y ama a tu prójimo En la verdad.

Así que, miremos por nosotros mismos, pero ¿Cuál es la advertencia de Cristo? ¿Qué es lo que tenemos que mirar por nosotros mismos? Tenemos que mirar por nosotros mismos en no convertirnos en un tropiezo a un pequeño, pero ¿Cuándo nos convertimos en un tropiezo a un pequeño? V.3: “Si tu hermano peca, repréndele, y si se arrepiente, perdónale.” Habíamos dicho que, en forma general, los tropiezos son pecados que incitan a pecar a otros; sin embargo, Lucas nos advierte específicamente de dos maneras en las cuáles podemos hacer tropezar a un pequeño:

1. Cuando no reprendemos el pecado del hermano que está tropezando o siendo tropiezo para otros.

2. Cuando no perdonamos el pecado del hermano.

En este punto es necesario hacer una aclaración sobre el texto. Si usted tiene su versión RV60, habrá notado que en el versículo 3 dice: “Si tu hermano pecare contra ti”. Esas dos últimas palabras “contra ti” en el versículo 3 no se encuentran en los manuscritos más tempranos, así que fueron añadidas por los copistas en manuscritos posteriores. La lectura correcta es: “Si tu hermano peca” y es como está traducida en LBLA o en NVI. Sin embargo, en el versículo 4 vuelve a aparecer, y ahí sí es correcta la lectura “contra ti”.

Veamos entonces la primera advertencia: “Si tu hermano peca, repréndele” Este pasaje rememora Levítico 19:17 que dice: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado.” Comienza con una condicional que se presenta como probable: “Si tu hermano peca”. Lamentablemente por nuestra condición caída, es inevitable encontrarnos en esta situación. Tarde o temprano veremos que nuestros hermanos pecarán, porque muchas veces pecamos, pero esta situación sucede cuando un pecado es evidente en tu hermano y por causa de ese pecado está tropezando o haciendo tropezar a otros. Cuando esta situación se nos presente, el mandato de Cristo es reprender al hermano que peca. El pecado de un creyente es una ofensa no sólo a Dios, sino a su Iglesia, así no sea un pecado directo contra uno. Si tienes conocimiento del pecado de un hermano, así no sea contra ti; y no le reprendes, eres cómplice de ese pecado. Además, cuando no reprendes, guardas la ofensa y en tu corazón nace una raíz de amargura, quizás has contristado al Espíritu Santo, por no guardar este mandamiento de reprender. Leemos en 2 Pedro 1:3 que “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia”. Debido a que los tropiezos son inevitables, y debido a la presencia del pecado en la Iglesia, Dios no sólo nos ha dado todo lo concerniente a la salvación, sino que por su gracia ha equipado a la Iglesia con una herramienta poderosa para la salud espiritual de ella, y esta es: la exhortación. ¿Cómo te va con ese deber? La exhortación es un privilegio y un deber de la Iglesia, que consiste en ayudar a restaurar al hermano que se ha alejado del Camino, por el pecado; para encaminarlo de nuevo y reestablecer su relación con Dios y con sus hermanos. Esta herramienta es muy necesaria, debido a nuestra misma ceguera para ver nuestros propios pecados. También, porque somos muy olvidadizos, y frecuentemente solemos caer en los mismos pecados que alguna vez nos han reprendido. Es por eso que estamos llamados a reprender el pecado de un hermano, porque muchas veces él ni se da cuenta que está tropezando o haciendo tropezar a otros, o no lo recuerda, o peor aún, lo hace sabiendo que eso está mal. La motivación fundamental del mandamiento de Cristo en reprender al hermano que peca, no es nada más que el amor; y tiene como objetivo buscar el arrepentimiento del que peca. ¿Cuándo reprender? Cuando peca. ¿Por qué hacerlo? Por amor a Cristo y al hermano. La mayor evidencia de que no amas a tu hermano no es que lo reprendas, sino tu indiferencia. Si amas a Dios, debes amar lo que Él ama, y Dios ama con todo su ser su santidad y su justicia, y por lo tanto Dios no puede ser neutral o indiferente ante nuestro pecado, y por lo tanto lo aborrece y lo reprende. Esa es la razón por la

que nosotros debemos hacer lo mismo. ¿Con qué objetivo? Para que se arrepienta. ¿Cómo debemos reprender al hermano? De forma muy breve lo expondré:

1. Evalúa la falta. ¿Se trata de una violación a la Palabra de Dios, o es una reprobación a una preferencia u opinión tuya? Cristo dijo: “No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio.” ¿Es verdad o es un chisme? Sólo tienes autoridad de reprender algo que viole la Escritura, de lo contrario no te enseñorees de la conciencia de tu hermano.

2. Evalúa tus intenciones. Cuando la gente escucha la palabra reprensión o exhortación, lo primero que se le viene a la mente es regañar y atacar. Pero esa no es la actitud correcta de la reprensión bíblica. Gálatas 6:1-2 Cuando pensemos en exhortación, pensemos en Restaurar, buscando no creyéndonos más santos o superiores al hermano, ni pisotearle, sino ayudarlo a levantar, estimándolo como superior a ti mismo, confrontándolo con amor y humildad con un espíritu de mansedumbre por medio de la Palabra de Dios, y sólo con la Palabra de Dios, para que su relación con Dios y con los hermanos, rota por el pecado, sea reestablecida. Con misericordia y verdad se corrige el pecado (Proverbios 16:6).

3. Evalúa tu competencia para hacerlo. Anteriormente mencionaba una de las excusas más frecuentes para no reprender que consiste en que nuestro pecado no nos hace aptos para hacerlo. Sin duda, nuestra desobediencia no nos recomienda a la hora de exhortar; sin embargo, no nos exime de la responsabilidad de hacerlo. Es decir, cuando no reprendes a tu hermano por tu condición pecaminosa, no sólo estás pecando por el pecado en el que estás, sino que le añades el pecado de no reprender. En realidad, lo que haces es agravar el asunto, no mejorarlo; tal como le pasó a David, quien cuando supo que Amnón su hijo había violado a su hermana Tamar, no lo castigó, ni lo reprendió; sino que tan solo se enojó y dejó pasar el asunto, y esto propició que Absalón tomara la justicia por sí mismo, matando a Amnón, lo cual desencadenaría todos los infortunios que sufrió en adelante; porque David golpeado por su debilidad moral, pudo encontrar en el recuerdo de su propio pecado pasado, una excusa para aplazar o impedir la acción. No podemos esperar a tener un arrepentimiento perfecto para comenzar a cumplir este mandato del Señor. La voluntad del Señor es agradable y perfecta, y Dios nunca nos pide dejar de hacer una cosa para poder hacer la otra. Si ves que estás en pecado y crees que no puedes exhortar por eso, entonces inmediatamente arrepíentete y comienza a trabajar en tu pecado. Pero no tardes en cumplir también este mandato. Por supuesto, que entre más hayas luchado contra tu pecado, mejor podrás ayudar a otros, pero debemos entender que esto es algo que haremos hasta el fin de nuestros días. Por lo tanto, no esperes a ser perfecto para comenzar, pero sí debes hacerlo con sinceridad, con integridad, y sin hipocresía delante del Señor. Dice la Biblia que nuestra competencia proviene de Dios, no de nosotros, así que no tenemos excusa.

4. Ora. Ora en todo momento. Ora por ti mismo, no olvides que el que piensa estar firme, mire que no caiga y ora por el hermano para que Dios le ayude a salir de su pecado. Ora antes de reprenderle, ora cuando le reprendas, ora después de reprenderle.

5. Usa solamente la Palabra de Dios para hacerlo, no el sentido común ni tu propia prudencia. Muéstrale con la Biblia qué pecados necesita dejar y que le están haciendo tropezar y hacer

tropezar a otros, pero también muéstrale cómo la Biblia es *Suficiente* para mostrarnos el camino de restauración, que involucra arrepentimiento, confesión, reconciliación y el comenzar de nuevo a vivir de una manera que agrade al Señor.

6. No importando cuál sea la respuesta de tu hermano, siempre debes estar dispuesto a:

a. Juzgarte a ti mismo. Considera a los demás como quisieras que te trataran a ti; y no te acerques al hermano con hipocresía, sino con temor del Señor y con la ternura de Cristo.

b. Perdonar de corazón el pecado de tu hermano. Como más adelante veremos, el texto se enfoca en el perdón que se otorga cuando el hermano se arrepiente; sin embargo, aún si no se arrepiente, debemos perdonarle delante del Señor.

c. Buscar la restauración de tu hermano. No olvides que el objetivo es que tu hermano regrese al camino y reestablezca su relación con Dios y con la Iglesia.

d. Permanecer en un espíritu de mansedumbre en tu trato con tu hermano. Considérate a ti mismo, no sea que tú seas tentado, velando en todo momento.

e. Ser pronto para escuchar y tardo para hablar, y cuando hables, habla palabras que edifiquen, que den gracia a los oyentes, habla la verdad con amor y sobre todo: No te prestes para el chisme, divulgando los pecados de los demás.

7. Recuerda que la disciplina causa tristeza, no sólo para el que está siendo disciplinado, sino que Dios mismo, y por supuesto el que amonesta se contrista.

8. Descansa en la soberanía de Dios. Dios nos manda a corregir con mansedumbre, porque de Dios depende conceder el arrepentimiento, así que seamos fieles en hacer lo que debemos, con la actitud correcta, de la forma correcta, para la gloria de Dios.

9. Por último, no te olvides que los cobardes son los primeros en la lista de los que son arrojados al lago de fuego. Pide a Dios para que puedas cortar violentamente con tu hipocresía y cobardía, y sé valiente y amoroso como Cristo para reprender bíblicamente a tu hermano, para la gloria de Dios y el bien de la Iglesia, porque el reino de Dios sólo es conquistado por los valientes, y si no te arriesgas por Dios, recibirás lo que mereces.

*Pero hay una excepción: "Sé de un solo caso en que la verdad debe ser retenida y no dicha a los pecadores afligidos en su conciencia, lo que se debe dar en un caso de melancolía [depresión], y ellos deberán ser ahorrados de ella, no como si la verdad fuera a herirlos, sino porque, si les hablamos la verdad, pueden malinterpretarla y ser llevados al error por la extraña predisposición que hay en ellos de entender mal las cosas"(Vol. 1, 392).*

Algunos acá ni habían considerado su deber de exhortar, otros no habían considerado cómo hacerlo bíblicamente. Sin embargo, reprender es algo que también nos libera de una carga y se la dejamos a Dios.

Habiendo dicho esto, brevemente diré algunas indicaciones cuando somos exhortados:

¿Cómo recibir una exhortación?

A. Estima al que te reprende como superior a ti mismo. Así recibirás con humildad la reprensión

B. No huyas de quien te exhorta, antes bien, trata de rodearte de personas que te estén mostrando tus fallas; sé pronto para oír.

C. Ama al que te exhorta, “corrige al sabio y te amará” de manera que sé paciente con el que te exhorta, aun cuando sientas la necesidad imperiosa de expresarte; sé benigno, aun cuando quieras desquitarte físicamente con alguien, o destruirlo con palabras; no tengas envidia, aun cuando te das cuenta que los demás reciben más atención que tú, o que no tienen tus mismos problemas; no seas jactancioso, aun cuando quieras presumir de tus logros espirituales con el que te exhorta; no te envanezcas, aun cuando creas que tú tienes la razón y que él está equivocado; no hagas nada indebido, aun cuando ser arrogante, áspero o insoportable te permita atraer la atención y salirte con la tuya; no busques lo tuyo, sirve a tu hermano aun cuando desees servirte a ti mismo y sacar beneficio personal a expensas de los demás; no te irrites, aun cuando el que te exhorte intente provocarte o seas tentado a reaccionar contra él, no te ofendas por lo que te dice sino que sé manso; no guardes rencor, aun cuando todos parezcan estar en tu contra o cuando abiertamente te atacan; no te goces de la injusticia, aun cuando parece que la desgracia es precisamente lo que el otro merezca; gózate de la verdad, aun cuando la verdad duela y cuando mentir sea más fácil y te dé más ventajas; súfrelo todo, porque las circunstancias difíciles son oportunidades para madurar espiritualmente; créelo todo, aun cuando las acciones de los demás sean ambiguas y no quieras confiar en nadie, no juzgues las motivaciones del que te exhorta; espéralo todo, aunque nada parezca salir bien, aun cuando el hacer correctamente las cosas te traiga más problemas; sopórtalo todo, aun cuando crees que simplemente no puedes aguantar a las personas o circunstancias en tu vida; y ama siempre, aun cuando te sientas abrumado y parezca que no hay esperanza en la situación.

D. Evalúa lo que te dicen y agradece, aún si el otro no tiene la razón; aunque generalmente una reprensión es suscitada por algo que estás haciendo mal. E. Ora por ti mismo y por el que te reprende, y si él no tiene la razón, ayuda al hermano a mostrar razones bíblicas en amor, y si él tiene la razón, pide perdón y sométete a un proceso de restauración bíblica.

Estoy consciente que les he dado mucha información, y mi objetivo no es que queden, en sus memorias todo lo que hoy les dije. Mi objetivo es que entiendan que, en estas simples palabras de Cristo, hay mucha sabiduría; la exhortación no es algo trivial, sino algo solemne y de vital importancia para la vida de la iglesia, y que debemos confrontar nuestras vidas con lo que estamos haciendo u omitiendo para hacerlo de una manera que agrade al Señor. Entonces hermanos, si lo que les dije no queda en sus memorias, no se preocupen: si ustedes se llevan estas palabras a sus casas y las ponen en práctica, me daré por bien servido: ¡Tengan cuidado de no ser tropiezo! ¡Miren por ustedes mismos! ¡Escuchen las palabras del Señor Jesucristo! Examínense, y no sean tropiezo a los pequeños. Si tu hermano peca, entonces repréndele bíblicamente, exhórtale para que se arrepienta; y si eres reprendido, recibe con amor y humildad la reprensión; no te ensoberbezcas y mucho menos trates de justificarte cuando te



exhortan, el pecado no tiene justificación, y la exhortación Dios la ha dado es para nuestro bien, así que sé agradecido con quien lo hace; pero, si conoces el pecado de tu hermano, y no lo reprendes, le harás tropezar, y por tu indiferencia harás que se pierda, así que más te vale estar muerto, que no exhortar a tu hermano que está en pecado.